



Caritas
Diocesana de
Santiago de Compostela

PLATAFORMA *de* formación

NUESTRA *Humanización* Y EL EVANGELIO

Los seguidores de Cristo entendemos la vida como una marcha, una peregrinación donde vamos compartiendo alegrías y penas, tristezas y gozos, ayudándonos a dar un sentido a nuestras vidas, sin perder la meta hacia dónde vamos que es la Casa del Padre Dios, donde la persona llegará a la plenitud humana.

Y queremos caminar con nuestra vida en una mano, que queremos humanizar, y en la otra, Jesucristo, un estilo de vida, una manera de estar en el mundo, un proyecto humanizador. Él mismo dijo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida". Y queremos confrontar nuestra vida con el proyecto humanizador de Jesús.

Partimos, por lo tanto, en nuestra reflexión de nosotros mismos. CON NUESTRA VIDA EN UNA MANO, teniendo una visión completa de la persona, vista en todas sus relaciones y nos preguntamos: ¿cómo es la condición humana?

Descubrimos que la tarea fundamental, el gran desafío que tenemos las personas es HUMANIZARNOS y ¿qué es humanizarse? Es tener actitudes, comportamientos, maneras de ser que estén a la altura de la persona. La humanización puede entenderse en muchos sentidos. Aquí hablamos de la humanización como realización del hombre y de

todo hombre, de su dignidad y del hombre en todas las vertientes por un igual. La humanización se funda en la dignidad humana, queremos crecer en humanidad, madurar como personas. Esto quiere decir, ser cada paso más humano, más realista, más responsable, más tolerante, más conscientes de nuestras limitaciones. También podemos deshumanizarnos, hacer la vida con contravalores que degradan y destruyen al ser humano, pero aun así podemos, liberarnos, que viene a ser un esfuerzo de una persona que dejó el camino de la humanización y actúa de una manera deshumanizada, volver a la senda de la humanización, en una palabra, rehumanizarnos.

Trabajar por la humanización es trabajar por la realización de la persona, no solo la nuestra, individualmente sino, también, por la defensa del derecho de las personas, teniendo siempre en la pupila y en el corazón las más vulnerables.

Podemos llegar a un grado de deshumanización que ya no nos sorprende los numerosos casos de deshumanización que nos rodean. Y si no nos dejamos afectar por los problemas de los demás y rehusamos tomar postura ante ellos, de algún modo, ponemos en riesgo nuestro desarrollo y crecimiento personal.





Esta hermosa tarea de humanizarnos, que todo hombre y mujer tenemos, es un PROCESO, algo que se va haciendo poco a poco y que dura toda la vida, teniendo en cuenta que no es fácil al hombre ser humano, basta echar una ojeada a la humanidad. Vemos en la humanización varios niveles o grados que debemos ir realizando.

Y hasta podríamos a cierto nivel, ponernos de acuerdo, si no hubiera prejuicios, los cristianos y los humanistas no creyentes. El punto común podría ser éste: la promoción, la dignidad, la defensa del ser humano y lucha contra aspectos de la cultura reinante que amenazan con convertirlo en un objeto y no en una persona. Sería quedarse a medio camino en la respuesta a nuestras aspiraciones más profundas, aunque esto ya no sería poco para la humanidad ponernos de acuerdo en este punto, viendo lo que estamos viendo en la sociedad. Con nuestro conocimiento natural podemos trabajar sobre nosotros mismos y en nuestra humanización.

Una persona para humanizarse necesita unos principios, normas de

convivencia, una distinción entre el bien y el mal, aprender a ser libre y a autogobernarse, etc, todo esto es fruto de la razón, del sentido común, de las tradiciones que se fueron haciendo a lo largo de la historia de la humanidad. Una persona éticamente formada, quiere decir que cuenta con unos criterios para actuar correctamente y humanamente. Todo esto es ética.

NUESTRA VIDA, NUESTRA HUMANIZACIÓN DEBE DE ESTAR GUIADA Y APOYADA EN VALORES

Los valores son guías, horizontes para nuestro comportamiento, que dan significado y sentido a la existencia humana. Dan la posibilidad de crecer en humanidad y en plenitud. Los valores forman parte de nuestra identidad y tienen como objetivo el desenvolvimiento de la personalidad y, al mismo tiempo, son un medio de transformación social. Es necesario saber qué valores cumplen este objetivo y cuales no; si aíslan a persona de su entorno y lo encierran dentro de sí mismo, no nos deben valer para la construcción de nuestra personalidad.

Queremos apoyar nuestra vida en una escala de valores que tenemos que hacer nosotros y no movernos solo por consignas de una manera ciega ni por unos valores socialmente establecidos sin más, sino pasarlos antes por nuestro filtro para hacerlos nuestros, vida en nosotros.

PERO NO PODEMOS OLVIDAR QUE EL ESPÍRITU HUMANO a lo largo de la historia hizo preguntas sobre si mismos que trascienden y desbordan, exceden el conocimiento natural del hombre, y no podemos asfixiar el espíritu humano cuando hace estas preguntas radicales sobre nosotros mismos; preguntas que toda la humanidad hizo desde siempre: sobre el sentido último de la vida, sobre el fundamento, la vida más allá de la muerte, etc, que ni la ciencia ni la ética pueden responder. Y estas preguntas radicales solo encuentran respuesta cuando descubrimos que nuestra vida está fundamentada en Dios, acompañada por Él y abierta a Él. Encontramos, pues, una pequeña luz en nuestro caminar, que llamamos experiencia religiosa, el mensaje divino se convierte en una convicción interior que clarifica el gran interrogante que somos. Solamente Dios autor y artífice del corazón humano puede responder de una manera total nuestras aspiraciones más profundas.

La persona que vive comprometida para hacer la vida más humana está en el mejor punto de partida para entender el mensaje de Jesús y sintonizar con su proyecto de vida humanizador y para seguirlo.

Y EN LA OTRA MANO, JESUCRISTO, EL EVANGELIO

¿Qué nos aporta el Evangelio a la humanización o a cualquier proyecto que tenga por objetivo conjugar la palabra humanización?, ¿qué

valores descubrimos en el estilo de vida de Cristo que nos valen para nuestra humanización?

La humanización y el Evangelio tienen una estrecha relación, porque la Buena Nueva a la que se refiere el Evangelio, que es lo que significa, no es algo que Jesucristo nos aporte, es Jesucristo mismo en cuanto Hijo de Dios. Dios es para los humanos la Buena Nueva por excelencia. La que la humanidad venía esperando desde el comienzo de la historia.

Entendemos por Evangelio el mensaje de Jesús convertido en vida, bien sea en cada comunidad en cada creyente en particular. Y nos ofrece dos grandes aportaciones:

- Da un horizonte de sentido y sentido último a nuestra vida.
- Y propone un ideal de vida que nos enseña a ser humanos en profundidad, conforme al cual ha de ser diseñado y ejecutado todo proyecto humanizador que la persona quiera realizar.

¿CUÁL ES EL POTENCIAL HUMANIZADOR DEL EVANGELIO, QUE QUIZÁS ESTÉ AUN POR DESCUBRIR?

Hay investigadores de Jesús, tanto agnósticos como ateos que dicen cosas sorprendentes: que Jesús es lo mejor que ha dado la humanidad. Que sería empobrecer a la humanidad si un día se le olvidara.

LOS CRISTIANOS TENEMOS COMO PUNTO DE REFERENCIA PARA HUMANIZARNOS: LA HUMANIDAD DE JESÚS

Los cristianos tenemos como punto de referencia LA HUMANIDAD DE JESÚS de Nazaret, en su manera de vivir, en su estilo de vida, que es lo que defendió. Es donde nos inspiramos para hacer nuestro estilo



de vida, pretendemos vivir como Él vivió, con su estilo de vida, vemos en Él una forma de ser humano y humano en plenitud, cogiendo al ser humano desde las raíces hasta la meta última. Por ello vamos a beber al Evangelio: sus gestos, sus obras y queremos hacerla vida en nosotros. Queremos ser hombres y mujeres que viven de su Palabra, porque nos parece que es la mejor forma de hacernos y realizarnos como personas y así, si nos convence seguirlo.

Donde está Jesús hay amor a la vida, interés por los que sufren, pasión por liberar a las gentes de todo lo que les impide vivir de manera sana y morir de modo digno, liberar al ser humano de lo que le hace daño y lo deshumaniza y abrir un horizonte de esperanza a los pobres

¿QUÉ SIGNIFICA JESÚS PARA UNA PERSONA QUE APUESTA POR HUMANIZARE Y HUMANIZAR EL MUNDO?

Tenemos que tener presente que el centro, el corazón del mensaje de Jesús, la razón de toda su actuación, la pasión que alienta su vida

entera es construir un mundo más humano, más digno, más fraterno, más solidario, empezando por los últimos. Y toda su vida fue una lucha por erradicar al ser humano del sufrimiento y de todo aquello que le daña o deshumaniza. No está al lado de los crucificadores sino al lado de los crucificados, y lucha contra los que hacen sufrir. Esta es la única manera de imitarle.

Seguir a Jesús es pasarse la vida haciendo la vida más humana, vivir haciendo la vida más humana ¡es difícil encontrar un estilo de vida más gratificante que este!

¿QUÉ APORTA, PUES, DE ORIGINAL, EL MENSAJE DE JESÚS A LA HUMANIZACIÓN?

La oferta de vida de Jesús no se queda en una simple filantropía, si no que nos da una visión más plena y profunda del hombre, en la que millones y 0 millones de personas encontraron un sentido y dirección a sus vidas, y a nosotros nos vale para hacer nuestra hoja de ruta para nuestro proyecto vital y hacernos crecer en humanidad



El humanismo de Jesús ilumina el origen y el destino último de nuestra vida, fundamenta y da un sentido último a nuestra existencia, a nuestras aspiraciones profundas, el Evangelio, la "Buena Nueva" que nos trae Jesús ofrece un plus a nuestra reflexión humana, nos invita a caminar por el mundo por la vida: AMANDO, con un amor sin fronteras, universal, comprometido, eficiente y concreto. Colocando la dignidad de la persona, Hijo de Dios, en el centro de su mensaje.

LA ALTERNATIVA DE JESÚS A UNA SOCIEDAD DESIGUAL E INJUSTA ES UNA SOCIEDAD DIGNA DEL HOMBRE.

Jesús expone y vive en aquella sociedad desigual e injusta, propone un proyecto alternativo a aquella sociedad y lo mismo podemos decir de nuestra sociedad, un proyecto de vida humanizador y qué si lo ponemos en práctica, otro mundo será realidad, una nueva sociedad,

una sociedad digna para el hombre, un proyecto de una nueva sociedad. Esto quiere decir, que el proyecto de Jesús no es un proyecto meramente trascendente, es decir, que mira solo a la otra vida. Por supuesto, que el proyecto de Jesús tendrá su consumación en el más allá. Pero empieza a realizarse y debe realizarse en esta vida, concretamente, en la transformación de nuestra sociedad para que sea una sociedad digna para el hombre, la intención de Jesús es cambiar la sociedad, se trata pues, de un proyecto social y todo esto entraña consecuencias políticas.

Este proyecto de vida humanizador que nos ofrece y vive Jesús, presenta una sociedad en la que los hombres comparten lo que son y lo que tienen, en la que todos se sirven mutuamente y en la que se da la más plena solidaridad. De tal manera compartir, el servicio y la solidaridad son los pilares sobre los que asienta esta nueva sociedad que Jesús quiere implantar.

QUEREMOS HUMANIZARNOS AL ESTILO DE JESÚS

Estamos llamados y tenemos que asumir la causa de la humanización de la familia humana, construyendo la fraternidad, defendiendo siempre a los más humillados y marginados y ofreciéndoles cuidado, ternura y esperanzas para sus vidas y sabiendo que esta fraternidad no está huérfana sino que tiene una Paternidad, que es Dios, un Padre misericordioso que nos quiere y nos ama.

Como sabemos que el egoísmo está metido en todas las parcelas de la vida, acabo con una frase de Raoul Follereau, poeta y periodista francés, que fue uno de los más luchó para erradicar la lepra en el mundo. Solía decir: "NADIE TIENE DERECHO A SER FELIZ A SOLAS", se trata de decir un "no rotundo" a la felicidad solitaria, la felicidad no puede ser acumulada de forma egoísta, la felicidad es para ser compartida. La gente más feliz es la que un día decidió hacer felices a los otros. Sabemos que del amor y de la generosidad brota todo lo grande, lo noble, lo bello que adorna la existencia humana y el Evangelio es el más bello poema escrito sobre el amor.

Jesús García Vázquez,
Delegado Episcopal de Cáritas
Diocesana de Santiago de
Compostela

MIGRACIONES Y *Doctrina Social* DE LA IGLESIA

El Evangelio, la Buena Noticia anunciada por Jesús, gira en torno a la salvación integral y la auténtica liberación del ser humano. Lograr para cada persona condiciones adecuadas a su dignidad lleva aparejada la defensa de los derechos humanos fundamentales y la denuncia de todas aquellas situaciones en las que éstos se vean pisoteados o atropellados. La Iglesia, a través de su doctrina, no se cansa de afirmar y defender la dignidad de la persona, destacando los derechos irrenunciables que de ella se desprenden. En particular, el derecho a tener una patria; a residir libremente en el propio país; a vivir con la familia; a disponer de los bienes necesarios para llevar una vida digna; a conservar y desarrollar el propio patrimonio étnico, cultural y lingüístico; a profesar su religión; y a ser reconocido y tratado, en toda circunstancia, conforme a la propia dignidad de ser humano.

Todos estos derechos encuentran su fundamento en el concepto de bien común universal, que abarca toda la familia de los pueblos, por encima de cualquier egoísmo nacionalista. En el contexto de la fraternidad universal predicada por el cristianismo es donde se debe considerar el derecho a emigrar: lo que el papa Juan XXIII formulaba como el derecho a ir «a la nación donde cada persona pueda atenderse mejor a sí misma y a los suyos» y el «derecho a conservar o cambiar su residencia dentro o fuera de los límites de su país» (Pacem in terris, n. 25). En esta línea, la Iglesia reconoce a todo ser humano la doble posibilidad de salir de su propio país y de entrar en otro en busca de mejores condiciones de vida; y, al mismo tiempo, afirma que «las naciones más prósperas tienen el deber de acoger, en cuanto sea posible, al extranjero que busca la seguridad y los medios de vida que

no puede encontrar en su país de origen» (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2.241).

Pero, junto al derecho a emigrar, se reconoce también el derecho a no hacerlo, a permanecer en la propia tierra. Esto exige trabajar en favor del desarrollo de los países de origen de las personas que se ve obligadas a abandonarlos por razones económicas, sociales, religiosas y/o de seguridad. En palabras del papa Juan Pablo II: «Gracias a una atenta administración local o nacional, a un comercio más equitativo y a una cooperación internacional solidaria, cada país debe poder asegurar a sus propios habitantes no sólo la libertad de expresión y de movimiento, sino también la posibilidad de colmar necesidades fundamentales como el alimento, la salud, el trabajo, la vivienda, la educación, cuya frustración pone a mucha





inmigrante irregular se nos presenta como ese forastero con el que Jesús se identifica. «Fui forastero y me acogisteis» (Mt 25,35). Acogerlo y ser solidario con él es un deber de hospitalidad y fidelidad a la propia identidad cristiana. «Todo lo que hicisteis con uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40).

Según declaraciones del cardenal Roger Mahony, arzobispo de Los Ángeles: «En los últimos tiempos

gente en condiciones de tener que emigrar a la fuerza» (Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado 2004, n. 3).



Ahora bien, el ejercicio del derecho a emigrar no se opone a la necesidad de regular los flujos migratorios en el pleno respeto de la dignidad de las personas desplazadas y sus familias, teniendo en cuenta al mismo tiempo la situación de las sociedades que las acogen. En el hecho migratorio confluyen numerosos intereses, leyes y políticas de diferentes países, por eso es necesario que existan normas internacionales capaces de regular los derechos de cada uno, impidiendo de este modo que se tomen decisiones unilaterales que pueden ser perjudiciales para los más débiles. En esta línea, la Doctrina Social de la Iglesia pide con insistencia el respeto efectivo de los acuerdos internacionales que tutelan a los

que emigran, así como a quienes buscan refugio o asilo político en otro país.

La condición de irregularidad legal no debería conllevar un menosprecio de la dignidad de la persona migrante, que tiene derechos inalienables que no pueden ser ignorados o violados. La defensa de su dignidad comporta el deber de la acogida y la hospitalidad como expresiones de solidaridad y justicia social. En la Iglesia nadie es extranjero, y la Iglesia no es extranjera para ningún ser humano en ningún lugar. Como sacramento de unidad, la Iglesia es la familia donde también los inmigrantes indocumentados son reconocidos y acogidos como hermanos. Hoy el

estamos viendo intentos de ahogar la misión de la Iglesia mediante propuestas de criminalizar a quienes luchan por cubrir las necesidades humanas básicas de los migrantes. El valor de un ser humano se define por la dignidad que Dios le otorga, no por los papeles que lleva consigo».

[Departamento de Animación Comunitaria y Voluntariado.](#)

[Cáritas Diocesana de Santiago de Compostela.](#)

LLAMADOS A SER *Evangelio* PARA LOS POBRES

¡Hermanos, Paz y Bien!



La Paz y el Bien que con vosotros comparto en el Señor son el evangelio que deseo reciban también los emigrantes –hombres, mujeres y niños en busca de un futuro mejor- cada vez que se encuentren con nosotros en el camino de la vida.

Sobre ellos, desde que han salido de sus casas, se ha abatido una ola de violencia, que es institucional antes de ser mafiosa, y que es siempre inhumana si no es simplemente criminal.

En los últimos tiempos, la violencia institucional se ha hecho más arrogante y más cruel, tal vez porque sabe que cuenta ya con el soporte de la aprobación social: en todos los continentes, las sociedades se inclinan sin pudor hacia propuestas políticas egoístas, supremacistas, xenófobas, racistas.

Esas sociedades están cavando la fosa en la que han de ser enterradas.

Todo ello hace ineludible una señal de alarma, una palabra de discernimiento de opciones a la luz de la fe, una palabra de solidaridad con los pobres y de compromiso personal y comunitario en defensa de los derechos de los emigrantes, que por ser personas particularmente vulnerables, han de ser particularmente protegidas.

Grabado a fuego en la conciencia

Vosotros, que sois de Cristo, recordáis el evangelio que habéis recibido, y el evangelio dice que a nuestro lado, a la puerta de nuestras vidas, no hay sin papeles, no hay ilegales, no hay clandestinos, no hay irregulares; sólo hay alguien a quien hemos de amar como a nosotros mismos.

He dicho “alguien”. Podría haber dicho “otro”, podría decir “personas”, podría decir “emigrantes”; y todas las palabras se me quedarían pobres, pues ninguna guarda memoria de lo que han vivido, de

lo que han sufrido, de lo que han perdido esos hermanos que Dios nos ha confiado para que en nosotros encuentren luz, esperanza, ternura y pan.

Para eso hemos nacido, para eso hemos sido ungidos por el Espíritu de Dios, ésa es la misión que el mismo Espíritu nos ha confiado: la de ser buena noticia de Dios para los pobres.

El que llama a mi puerta no es un extraño sino un hermano, y aunque sea otro, no deja de ser yo mismo, pues es mi propia carne.

Y si, para acogerlo y acudirlo, esa identificación del otro conmigo no me pareciese manifiesta, entonces la fe recuerda todavía que a mi puerta está mi hermano mayor, Jesucristo el Señor, en quien creo, en quien espero, a quien amo.

Dichoso quien se apiada del pobre, porque habrá hospedado a Dios en su corazón.

Acerca de Dios y de los pobres

Esta carta, que quiere ser una llamada al compromiso de todos con los últimos, está dictada por el sufrimiento de los emigrantes y la pasión de Dios en favor de sus hijos pobres.

En torno al sufrimiento de los emigrantes, la información ha levantado un muro de silencio, coronado por una concertina de mentiras y calumnias, crueldad ésta que se añade a la violencia extrema –física y moral- que de forma continuada se ejerce sobre mujeres, hombres y niños indefensos y vulnerables.



Cuando se dice que las fronteras matan, lo que se quiere decir es que matamos quienes las pretendemos impermeables para los pobres.

Las vallas fronterizas son evidencia de nuestra pretensión de dominio sobre la tierra y sobre los pequeños de la tierra.

(...) El que ha puesto la tierra en nuestras manos para que fuésemos continuadores de su obra creadora, no dejará de preguntarnos por lo que hacemos con ella y, sobre todo, no dejará de preguntarnos por lo que hacemos con sus hijos, con nuestros hermanos: “¿Dónde está tu hermano?”. Y no valdrá que respondamos: “No lo sé; ¿soy yo el guardián de mi hermano?” (Gen 4,9).

Lo queramos o no, en la conciencia resonará el eco de la palabra inapelable: “¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano me está gritando desde el suelo” (Gen 4,10).

Los pobres –los oprimidos, los vejados, los últimos- están en el corazón de Dios, y de lo que hay en su corazón habla su palabra: “Cuando haya entre los tuyos un pobre (...) no endurezcas tu corazón ni cierras tu mano a tu hermano pobre” (Deu 15,7). “Nunca dejará de haber pobres en la tierra; por eso, yo te mando: abre tu mano a tu hermano, al indigente, al pobre de tu tierra”

(Deu 15,11). “Hijo, no prives al pobre del sustento, ni seas insensible a los ojos suplicantes. No hagas sufrir al hambriento, ni exasperes al que vive en su miseria (...), no retardes la ayuda al indigente. No rechaces la súplica del atribulado, ni vuelvas la espalda al pobre. No apartes los ojos del necesitado” (Eclo 4,1-4). “Dichoso quien se apiada del pobre” (Sal 41,1). Y entre los pobres, un lugar del todo especial en el corazón de Dios lo ocupan el huérfano, la viuda y el extranjero: “Dios hace justicia al huérfano y a la viuda, y ama al emigrante dándole pan y vestido” (Deu 10,18). (...) “No oprimáis a viudas y huérfanos, a emigrantes y pobres, y que nadie ande pensando el mal que va a hacer a su prójimo” (Zac 7,10).

Pero la revelación más desconcertante de la relación de Dios con los pobres la encontramos en el evangelio de Mateo: en los pobres es Cristo quien sale a nuestro encuentro, es Cristo quien tiene hambre y sed, es Cristo quien es extranjero, es Cristo quien se encuentra desnudo, o enfermo, o encarcelado; es Cristo quien es presa de los ricos; es Cristo el pobre al que los ricos aborrecen.

(...) Si ignoramos a los pobres, no sólo olvidamos la misión que hemos recibido, sino que ignoramos también y olvidamos –aunque no la podamos borrar- la unción del Espíritu que nos ha hecho “de Cristo”.

Si ignoramos a los pobres, no somos el cuerpo de Cristo.

Si ignoramos a los pobres, no somos de Cristo.

La encarnación del Hijo de Dios evidencia la opción de Dios por los pobres: se fijó en ellos, vio su opresión, y bajó a liberarlos. Es como si el hombre fuese lo absoluto de Dios.

(...) Acuérdate de Jesucristo, pobre y crucificado, y para ti, que eres su Iglesia y que estás unido a él en una sola carne, no pretendas más grandeza que la de servir, no pretendas más gloria que la de ser última entre los pequeños de la tierra, no pretendas más forma de vida que la pobreza y la cruz de tu Señor.

Orad:

Lo dijo el Señor a sus discípulos:

“Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre” (Mt 7,7-8).

Así pues, hermanos míos muy queridos, orad, pues sólo en la oración podemos aprender lo que queremos ser en la vida.

Orad, pues de nada seremos capaces si no nos capacita la confianza en el Señor.

Orad por los que os persiguen y calumnian, y así seréis hijos de vuestro Padre celestial.

Orad por los pobres, para que no pierdan el ánimo en los caminos de la vida.

Orad por los que odian a los pobres, los ignoran, los humillan, los crucifican; orad por ellos, porque no saben lo que hacen, ¡no saben lo que se hacen!

Monseñor Santiago Agrelo,
Arzobispo de Tánger (Marruecos)